

CARTAS SOBRE LA MESA

ALEJO CARPENTIER
Y CRISTÓBAL COLÓN

Querido Gabriel Zaid:

Leí en el número 6 de *Letras Libres*, correspondiente al mes de junio, tu artículo sobre la nueva colección que está publicando la Editorial Jus para difundir algunas obras centrales del pensamiento humanista cristiano, y entre las que se encuentran textos de Erasmo, Voltaire, Lanza del Vasto, entre otros. En ese marco, la Editorial Jus reeditará el libro de León Bloy titulado *El Revelador del Globo*.

La edición mexicana de 1992 reproduce una “traducción libre” de Carlos Bonfil y un estimable prólogo de Rafael Landerreche donde se hace ver al lector cómo el libro de Bloy —redactado para respaldar la canonización de Cristóbal Colón que, a instancias de Pío IX, documentara el Conde Rosselly de Lorgues— sirvió de “inspiración invertida” al cubano Alejo Carpentier para novelar en *El arpa y la sombra* (y no, como se deslizó en la revista, en *El siglo de las Luces*, cuyo trasunto histórico es muy otro) la gesta aventurera del genovés. En el prólogo a la nueva edición, además de contrastar los textos de León Bloy y de Alejo Carpentier, tendré presente la obra de Rosselly de Lorgues (curiosamente el libro fue publicado en México en 1876) y me será posible seguir de cerca los pasos que van de la hagiografía y la (frustrada) canonización (en Bloy y Rosselly) a *El arpa y la sombra*, la novela donde Carpentier, con brillante y corrosiva pluma, remueve las cenizas del Almirante.

— ADOLFO CASTAÑÓN

RESPUESTA A
JAVIER MARÍAS

He leído o participado en suficientes discrepancias literarias para no advertir que el tratamiento de “señor García Ponce” bajo su aparente carácter respetuoso, es peyorativo. Jamás le daría al

mexicano la categoría de lengua como pretendes que lo hice. La lengua es el español; de él venimos todos y en él caben todas las variantes.

Muchas gracias por tener la cortesía de contestarme.

— JUAN GARCÍA PONCE

TÍTULO EQUIVOCADO

Estimado Sr. Director:

Por la presente hago de su conocimiento que por un lamentable descuido, en el número 7 de la revista (correspondiente al mes de julio) a su digno cargo, en mi artículo *Viaje al país de los centauros*, aparece una lamentable errata en el título de la obra de nuestro común amigo José María Pérez Gay ahí citada. Dice: *El impulso perdido*, en lugar de *El imperio perdido*, como debe aparecer correctamente.

Por lo anterior solicito a usted se sirva hacer la aclaración correspondiente.

Atentamente,

— ADOLFO CASTAÑÓN

A CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ

Estimado Sr. Director:

Desde hace mucho, leo con asiduidad y fruición la prosa de Christopher Domínguez. Tengo en muy alta estima su talento crítico y la perspicacia con que emprende sus lecturas. Cuando me dispuse a leer su artículo “Hermann Hesse: la desaparición de los oráculos” (*Letras Libres*, número 6), sabía que iba a ser la fiesta de erudición e inteligencia a la que tiene acostumbrados a sus lectores. No me equivoqué, a pesar de que la tesis central de la primera parte del escrito resulta fallida, porque se sustenta en una premisa errónea.

Me detendré sólo en la premisa. El

error de Domínguez es triple: primero, supone indebidamente una afinidad semántica entre el verbo “adolecer” y el sustantivo “adolescencia”; luego, confiere a “adolecer” el significado de “carecer” (falta sorprendente en un prosista de la talla de Ch. D.); por último, convierte a la adolescencia en una etapa del desarrollo humano especialmente signada por la carencia.

En la primera de las notas que acompañan al artículo, Ch. D. advierte que su “juego entre *adolescencia* y *adolecer* es metafórico, no etimológico”. No estoy seguro de entender lo que el autor quiere decir con esa frase. Lo que sí puedo aseverar es que una revisión etimológica de los dos vocablos le habría permitido reparar en las raíces de una clara distinción *semántica* entre ellos. La similitud morfológica que ostentan esconde la gran diferencia de sus significados. Ambas palabras vienen de sendos infinitivos latinos de grafía coincidente: *adolescere*. Sin embargo, el *adolescere* de donde procede “adolecer” resulta de juntar la preposición *ad* y *dolescere*, forma incoativa de *dolere*. De ahí que “adolecer” se relacione con el dolor o la enfermedad y signifique, entre otras acepciones, “tener” o “estar sujeto” a pasiones, vicios, malas cualidades, defectos. De modo que “adolecer” nunca puede significar “carecer”, por lo que resultan inconsistentes expresiones como “Jesús [...] fue un ser incompleto *adolescente* por designio divino”. Por su parte, el *adolescere* de donde proviene “adolescencia” es el infinitivo de *adoleo* y significa “crecer”. De ese mismo verbo deriva el participio de pretérito *adultus-a-um*, “adulto”, es decir, el que ya ha crecido.

Reciba Ud. mi más cordial saludo.

— JOSU LANDA

(Carta resumida por la Redacción.)

- ♦ *Cartas sobre la mesa* es una sección del lector, hágala suya con sus comentarios y sugerencias. Envíe sus cartas, con una extensión no mayor de una cuartilla, vía fax (658 00 74), por correo electrónico (cartas@letraslibres.com) o por correo (Presidente Carranza 210, Col. Coyoacán, 04000, México, D.F.).